

LIAN
HEARN

LEYENDAS de los OTŌRI

LA RED DEL CIELO ES AMPLIA

Un joven que debe asumir el peso de la guerra. Una mujer que debe soportar el peso del deseo. Un país que empieza a arder por sus fronteras.

Llega por fin el episodio cero de la fabulosa saga Leyendas de los Otori. Después de El suelo del ruiseñor, Con la hierba de almohada, El brillo de la luna y El lamento de la garza, se descubre el origen de la leyenda.

Shigeru, heredero del clan de los Otori, se enfrenta a los ataques fronterizos de la ambiciosa familia lida y a la traición en el seno de su hogar por parte de sus propios tíos. Su educación como noble y su entrenamiento guerrero le han preparado para el liderazgo y el combate, pero el trágico destino y la impulsiva determinación del joven Shigeru lleva a los Tres Países a la guerra. Una guerra con brutales consecuencias. Es el principio de una gran saga.

*La red del Cielo es amplia,
pero estrecha su malla.*

LAO TSE

1

Los pasos eran tan ligeros que apenas se distinguían entre la infinidad de ruidos del bosque otoñal: el susurro de las hojas que se dispersaban bajo el viento del noroeste; el distante agitar de alas de los gansos que volaban hacia el sur; el eco de los sonidos de la aldea, allá lejos, a los pies de la montaña. Aun así, Isamu escuchó las pisadas y las reconoció. Colocó la herramienta para cavar sobre la hierba húmeda, junto con las raíces que había estado recogiendo, y se apartó. Su afilada hoja le hablaba, y él no deseaba ser tentado por herramienta o arma alguna. Se giró en la dirección por la que se aproximaba su primo y aguardó.

Kotaro se adentró en el claro del bosque en estado de invisibilidad, a la manera de la Tribu; pero Isamu no se molestó en ocultarse de la misma forma. Conocía bien las facultades de su primo, pues eran casi de la misma edad. — Kotaro unos meses menor—; habían entrenado juntos, siempre esforzándose por aventajarse el uno al otro; y habían sido amigos, en cierta manera, así como rivales durante toda la vida.

Isamu creía haberse puesto a salvo en aquella remota aldea situada en la frontera oriental de los Tres Países, alejada de las grandes ciudades donde la Tribu prefería residir y ganarse la vida. En ellas, los miembros de la organización vendían sus poderes sobrenaturales al mejor postor y, en aquellos días de intrigas y contiendas entre guerreros, siempre encontraban trabajo en abundancia. Pero nadie escapa de la Tribu para siempre.

¿Cuántas veces había escuchado de niño aquella advertencia? En innumerables ocasiones se la había repetido a sí mismo, con el oscuro placer que las dotes ancestrales provocaban, mientras asestaba la puñalada silenciosa, efectuaba el giro del garrote o aplicaba su método preferido: el veneno que caía gota a gota en una boca dormida o un ojo desprotegido.

No dudaba de que el aviso resonaba en la mente de Kotaro en aquel preciso instante, a medida que la silueta de su primo surgía, trémula, ante la vista.

Durante unos instantes se contemplaron mutuamente sin pronunciar palabra. El propio bosque pareció quedarse mudo y, bajo el silencio, Isamu creyó escuchar la voz de su mujer, que llegaba desde la lejana aldea. Si él podía oírla, también lo haría Kotaro, pues los dos primos compartían el don de la agudeza extraordinaria de oído propio de los Kikuta, de la misma forma que ambos tenían la línea recta de la familia, que les atravesaba la palma de la mano.

—He tardado mucho tiempo en encontrarte —dijo Kotaro, por fin.

—Ésa era mi intención —replicó Isamu. La compasión era un sentimiento que aún le resultaba poco familiar, e Isamu notó la punzada de dolor que le causaba en su recién nacido corazón. Con pesar, volvió el pensamiento a la delicadeza de su joven esposa, a su alegría, a su bondad. Lamentó no poder evitarle el sufrimiento y se preguntó si durante el breve período de matrimonio ya habría plantado en ella una semilla de vida. También se cuestionó qué haría la muchacha tras la muerte de él. Encontraría consuelo en la gente de su aldea, y en el Secreto. Su fortaleza interior la sustentaría. Lloraría y rezaría por él; nadie en la Tribu haría algo semejante.

Siguiendo un instinto que apenas comprendía, como los pájaros de aquel agreste lugar a los que había llegado a conocer y a amar, Isamu decidió que retrasaría su propia

muerte y adentraría a Kotaro en lo profundo del bosque. Acaso ninguno de los dos regresaría de sus inmensidades.

Se dividió en dos y envió su segundo cuerpo hacia su primo, en tanto que él salió corriendo a toda velocidad y en absoluto silencio. Sin apenas tocar el suelo con los pies, se desplazó entre los esbeltos troncos de los cedros jóvenes, saltó por encima de las rocas despeñadas y cruzó las cascadas, desapareciendo y volviendo a aparecer bajo la espuma, rozando ligeramente las piedras negras y resbaladizas que atravesaban los arroyos. Era consciente de todo cuanto le rodeaba: el cielo gris y el aire húmedo del décimo mes; el frío viento que anunciaba el invierno, recordándole que jamás volvería a ver la nieve; el distante y gutural bramido de un ciervo; el batir de alas y los ásperos graznidos de una bandada de cuervos a los que había perturbado durante su huida. Continuó corriendo, y Kotaro le seguía, hasta que horas más tarde y a kilómetros de distancia de la aldea que había convertido en su hogar, Isamu aminó el ritmo para permitir que su primo le atrapase.

Se había adentrado en el bosque más que nunca; hasta allí no llegaban los rayos del sol. No tenía la menor idea de dónde se encontraba y abrigó la esperanza de que Kotaro se hubiera perdido. Confió en que su primo encontrase la muerte en aquellas montañas, en esa solitaria pendiente que asomaba a un profundo barranco. Pero no le mataría. Él, que tantas veces había matado, no volvería a dar muerte a nadie nunca más, ni siquiera para salvar su propia vida. Había formulado un juramento y sabía que no iba a romperlo.

El viento había cambiado la dirección hacia el este y se había tornado más frío, pero la persecución había hecho sudar a Kotaro; Isamu percibía las brillantes gotas de sudor a medida que su primo se aproximaba. Ninguno de los dos respiraba con dificultad, a pesar del gran esfuerzo. Bajo la engañosa constitución ligera de ambos se ocultaban músculos de hierro y años de entrenamiento.

Kotaro se detuvo y sacó una brizna de paja de su casaca. La colocó frente a sí y dijo:

—No es nada personal, primo mío; quiero que quede bien claro. La decisión ha sido tomada por la familia Kikuta. Lo echamos a suertes y yo saqué la paja más corta. Pero dime, ¿cómo se te ha ocurrido abandonar la Tribu?

Al ver que Isamu no contestaba, Kotaro prosiguió:

—Doy por hecho que eso es lo que tratabas de hacer. Es la conclusión a la que llegó toda la familia cuando no tuvimos noticias de ti durante más de un año, cuando no regresaste a Inuyama o al País Medio, cuando no llevaste a cabo los trabajos que se te habían encomendado, encargados (y pagados, podría añadir) por el mismísimo lida Sada-yoshi. Algunos argumentaron que habías muerto, pero nadie dio cuenta de tu muerte y a mí, en particular, me costaba creerlo. ¿Quién podría matarte, Isamu? Nadie sería capaz de acercarse lo suficiente para asesinarte con un puñal o un garrote. Nunca te quedas dormido, nunca te emborrachas; te has hecho inmune a los venenos, y tu cuerpo se cura solo de todas las enfermedades. Jamás ha existido un asesino como tú en la historia de la Tribu. Incluso yo he de admitir tu superioridad, aunque al decirlo se me queme la lengua. Y ahora te encuentro aquí, sano y salvo, a una enorme distancia de donde tendrías que estar. Tengo que admitir que has escapado de la Tribu, para lo que existe únicamente un castigo.

Isamu esbozó una leve sonrisa, si bien no pronunció palabra. Kotaro volvió a guardar la brizna de paja en un pliegue de la pechera de su casaca.

—No deseo matarte —añadió con voz queda—. Es la sentencia de la familia Kikuta, a menos que regreses conmigo. Como te he dicho, lo echamos a suertes.

Mientras hablaba, su postura era de alerta. Sus ojos se veían inquietos, su cuerpo entero se tensaba a la espera del inminente combate.

Isamu respondió:

—Yo tampoco deseo matarte, pero no regresaré contigo. Tienes razón al decir que abandoné la Tribu. La he dejado para siempre. Jamás volveré.

—En ese caso, cumpliendo órdenes, me veo en la obligación de ejecutarte —repuso Kotaro, empleando el lenguaje formal de quien comunica una sentencia de muerte—, por desobediencia a tu familia y a la Tribu.

—Lo asumo —respondió Isamu, también con extrema formalidad.

Ninguno se movió. A pesar del viento gélido, Kotaro seguía sudando profusamente. Los ojos de ambos se encontraron e Isamu notó la intensidad de la mirada de su primo. Ambos poseían la capacidad de provocar el sueño a sus adversarios, y ambos eran expertos en resistirla. El silencioso forcejeo se prolongó durante un buen rato, hasta que Kotaro puso fin al extraer su puñal. Sus movimientos resultaban torpes y desmañados, carentes por completo de su destreza habitual.

—Debes cumplir con tu obligación —dijo Isamu—. Te perdono, y rezo para que el Cielo te perdone también.

Sus palabras parecieron enervar a Kotaro todavía en mayor medida.

—¿Me perdonas? ¿Qué lenguaje es ése? ¿Quién de la Tribu perdona a nadie? Entre nosotros sólo existe la obediencia absoluta o bien el castigo. Si se te ha olvidado, es que te has convertido en un loco o en un necio. En cualquiera de los casos, la única cura es la muerte.

—Sé todo eso tan bien como tú. De la misma forma que sé que no puedo escapar de ti o de esta sentencia. De modo que llévala a cabo sabiendo que te absuelvo de toda culpa. No dejo detrás a nadie que pueda clamar mi venganza. Tú habrás obedecido a la Tribu y yo, a mi Señor.

—¿Acaso no vas a defenderte? ¿Ni siquiera tratarás de luchar contra mí? —exigió Kotaro.

—Si tratase de luchar contra ti, casi con seguridad te mataría. Tú y yo lo sabemos.

Isamu se echó a reír. Durante todos los años que él y Kotaro habían competido entre sí, jamás había sentido tanto poder sobre su primo. Abrió los brazos de par en par, dejando el pecho al descubierto, indefenso. Aún se estaba riendo cuando el puñal le atravesó el corazón. El dolor le inundó las entrañas, el cielo se oscureció, sus labios pronunciaron una despedida. Comenzó el viaje al que él mismo, en sus tiempos, había enviado a tantos otros. Su último pensamiento fue para la joven y para el cálido cuerpo en el que —aunque Isamu lo ignoraba— había dejado una parte de sí mismo.

2

Corrían los años en los que Iida Sadayoshi, el señor de la guerra que empleaba los servicios de numerosos miembros de la Tribu —entre ellos Kikuta Kotaro—, se hallaba embarcado en la misión de unificar el Este de los Tres Países y obligar a los clanes y las familias menos importantes a que se sometieran a la triple hoja de roble de los Tohan. El País Medio había estado bajo el control de los Otori durante cientos de años y el actual jefe del clan, el señor Shigemori, tenía dos hijos jóvenes, Shigeru y Takeshi, y dos hermanastros ambiciosos y siempre descontentos, Shoichi y Masahiro.

Takeshi había nacido el año en que la señora Otori cumplió los treinta y dos; a esa edad, muchas mujeres se convertían en abuelas. Se casó con Shigemori cuando ella tenía diecisiete años y él, veinticinco. Había concebido un descendiente casi de inmediato, levantando así grandes expectativas y una pronta garantía de sucesión; pero el primogénito, un varón, nació muerto y el siguiente, una niña, sólo vivió unas horas después de nacer. Varios abortos vinieron a continuación, hijos del agua consignados al cuidado de Jizo. Daba la impresión de que el vientre de la señora Otori fuera incapaz de llevar el embarazo a buen término. Se efectuaron consultas a médicos y luego, a sacerdotes; por último, aun chamán de las montañas. Los doctores prescribieron alimentos para fortalecer la matriz: arroz en caldo, huevos y soja fermentada. Desaconsejaron la anguila y cualquier otro pescado caracterizado por una intensa actividad, y elaboraron infusiones conocidas por sus pro-

piedades calmantes. Los sacerdotes cantaron oraciones e inundaron la vivienda de incienso y de talismanes procedentes de remotos santuarios. El chamán ató un cordel de paja alrededor del vientre de la señora Otori para sujetar al niño y le prohibió contemplar el color rojo, pues al hacerlo reavivaría el deseo de sangrar de la matriz. El señor Shigemori recibió en privado el consejo por parte de sus lacayos de que tomase una concubina —o acaso varias—, pero sus hermanastros Shoichi y Masahiro se opusieron a la idea, argumentando que la sucesión de los Otori siempre se había llevado a cabo con herederos legítimos. Otros clanes podrían solucionar sus asuntos de diferente manera; pero los Otori, al fin y al cabo, descendían de la familia imperial, y para el Emperador supondría un gran insulto la instauración de un heredero ilegítimo. Ciertamente era que el hijo podría ser adoptado y, de esta forma, legitimado; pero Shoichi y Masahiro no eran tan leales a su hermano mayor como para no albergar sus propias ideas en cuanto a la herencia familiar.

Chiyo, la doncella principal de la señora Otori, a quien había amamantado y criado, acudió en secreto a las montañas, a un santuario consagrado a la diosa Kannon. Trajo consigo un talismán —elaborado con pelo de caballo y tiras de papel tan fino como la gasa— que guardaba un encantamiento, y lo cosió al dobladillo del manto de dormir de su señora, sin mencionárselo a nadie. Cuando el hijo fue concebido, Chiyo se aseguró de que sus propias disposiciones para mantener el embarazo se siguieran al pie de la letra: mucho descanso y buena alimentación; nada de emociones, ni de doctores, sacerdotes o chamanes. Deprimida por los numerosos descendientes que había perdido, la señora Otori albergaba pocas esperanzas de que este nuevo hijo pudiera vivir; de hecho, apenas nadie se atrevía a esperar un retoño sano. Cuando nació un varón que daba muestras de querer sobrevivir, la alegría y el alivio del señor Shigemori fueron extremos. La señora Otori, convencida de que el niño pronto sería apartado de su lado, no pudo

amamantarlo. La hija de Chiyo, quien acababa de dar a luz a su segundo hijo, se convirtió en su ama de cría. A la edad de dos años, el primogénito recibió el nombre de Shigeru.

Otros dos niños del agua fueron enviados al cuidado de Jizo antes de que Chiyo realizase una nueva peregrinación a las montañas. Esta vez llevó el cordón umbilical del heredero como ofrenda a la diosa, y regresó con otro talismán.

Shigeru tenía cuatro años cuando nació su hermano, al que llamaron Takeshi. A menudo, los Otori elegían nombres que incluían los términos *shige* o *take*, con la intención de que sus hijos varones recordaran la importancia de la tierra y de la espada, la bendición de la paz y los deleites de la guerra.

De esta manera, la sucesión legítima quedó asegurada para alivio generalizado, con la excepción de Shoichi y Masahiro, quienes ocultaron su contrariedad con la fortaleza de ánimo propia de la casta de los guerreros. Shigeru fue criado a la manera estricta y disciplinada de los Otori, que en los hombres adultos valoraban el coraje y la destreza física, la inteligencia sobresaliente, la alerta mental, el autocontrol y la cortesía, y en los niños la obediencia. Fue instruido en la equitación; en el manejo de la espada, el arco y la lanza; en el arte y la estrategia de la guerra; en el gobierno y la historia del clan, así como en la administración y tributación de sus tierras.

Estas tierras comprendían la totalidad del País Medio, desde el mar del norte hasta el del sur. En el norte se hallaba la ciudad portuaria de Hagi, sede del castillo de los Otori, que gozaba de gran prosperidad gracias al comercio con el continente y a las actividades pesqueras en los fructíferos mares septentrionales. Artesanos procedentes de Silla, en el continente, se asentaron en Hagi e introdujeron numerosas industrias a pequeña escala, entre las que destacaba la hermosa cerámica —la arcilla de la zona tenía un original color que aportaba un tono rosáceo al pálido vidriado—. Yamagata, en el centro del país, era la segunda ciudad en

importancia, mientras que en el puerto sureño de Hofu también se efectuaban transacciones comerciales. De los Tres Países, el País Medio era el más próspero, por lo que sus vecinos lo contemplaban con ojos codiciosos.

* * *

En el cuarto mes del año posterior a la muerte de Kikuta Isamu, Otori Shigeru, de doce años de edad, acudió a visitar a su madre tal como hacía una vez por semana desde que abandonara la casa en la que creció y se trasladara al castillo en calidad de heredero de su padre. La casa se asentaba en un terreno cercano a la confluencia de los dos ríos que circundaban la ciudad de Hagi; las granjas y bosques que ocupaban la orilla de enfrente pertenecían a su familia materna. La vivienda estaba hecha con madera y rodeada de verandas cubiertas por amplios aleros. La parte más antigua tenía techumbre de paja, pero el abuelo de Shigeru había ordenado construir un ala nueva con una segunda planta y tejado de tablillas de madera; el ala contaba con una sala en el piso superior y una escalera de roble pulido. Aunque quedaban varios años para que Shigeru cumpliera la mayoría de edad, el muchacho portaba ya una espada corta en el cinturón de su túnica. Dado que las visitas a su madre se consideraban ocasiones de cierta formalidad, aquel día vestía ropas de ceremonia, con el blasón de la garza bordado en la espalda de su casaca de amplias mangas; bajo la larga túnica llevaba pantalones anchos. Fue trasladado en un palanquín laqueado en negro, con costados de entramado de cañas y cortinas de seda engrasada que él siempre descorría. Habría preferido cabalgar —le encantaban los caballos—, pero como heredero del clan se le pedía cierto protocolo que él obedecía sin cuestionar.

En un segundo palanquín le acompañaba su preceptor, Ichiro, primo lejano de su padre que había estado a cargo

de su instrucción desde que Shigeru cumpliera los cuatro años y había iniciado al niño en la lectura, caligrafía, historia y poesía, así como en el estudio de los clásicos. Los porteadores del palanquín atravesaron la cancela de entrada a la casa. Todos los guardias se adelantaron y se postraron de rodillas mientras el vehículo se colocaba sobre el suelo y Shigeru desmontaba. El muchacho respondió a las reverencias de los soldados con una ligera inclinación de cabeza, y luego aguardó respetuosamente a que Ichiro consiguiera salir del palanquín. El maestro, hombre sedentario, padecía de dolores en las articulaciones que le dificultaban los movimientos. El anciano y su joven pupilo se quedaron inmóviles unos instantes, contemplando el jardín, ambos embarcados por la misma alegría repentina. Las azaleas estaban a punto de florecer y los arbustos mostraban un leve resplandor rojizo. Alrededor de los estanques, los lirios mostraban sus capullos blancos y púrpuras, y las hojas de los frutales ostentaban un flamante color verde. Un torrente atravesaba el jardín y las carpas doradas titilaban bajo la superficie del agua. Desde el extremo más lejano llegaba el sonido del río en marea baja, un gentil chapoteo, así como el familiar olor a barro y a pescado que se ocultaba bajo el aroma de las flores.

En el muro que rodeaba la vivienda había un orificio de poca altura a través del cual el torrente fluía e iba a desembocar en el río, al otro lado de la tapia. Una rejilla de cañas de bambú solía tapar la abertura para evitar que los perros callejeros entrasen al jardín; pero Shigeru se fijó en que había sido apartada a un lado y sonrió para sí, recordando cómo él mismo acostumbraba a salir a la orilla del río de la misma forma. Takeshi debía de estar jugando en el exterior, sin duda enfrascado en una batalla de piedras, y la señora Otori se encontraría inquieta por su causa. Más tarde, el niño recibiría una reprimenda por no encontrarse preparado, ataviado con sus mejores ropas, para saludar a su hermano mayor; pero ni su madre ni su hermano tardarían mucho en

perdonarle. Shigeru percibió una ligera punzada de satisfacción ante la perspectiva de volver a ver a Takeshi.

Chiyo dio la bienvenida al recién llegado desde la veranda, y al girarse, Shigeru vio a una de las criadas arrodillada en el entarimado junto a un cuenco de agua para lavarle los pies. Ichiro exhaló un profundo suspiro de satisfacción y, esbozando una amplia sonrisa que nunca dejaba ver en el castillo, se encaminó en dirección a la casa. Antes de que Shigeru tuviera oportunidad de seguir a su maestro, se escuchó un grito desde detrás del muro del jardín y Endo Akira llegó corriendo por el torrente, salpicando agua a su paso. Estaba cubierto de barro y le brotaba sangre de varios cortes en la frente y en el cuello.

—¡Shigeru! ¡Tu hermano se ha caído al río!

No mucho tiempo atrás, el propio Shigeru había participado en batallas similares, y Akira había ejercido el papel de uno de sus oficiales principiantes. Los hermanos Otori, junto con Akira y Miyoshi Kahei, el mejor amigo de Takeshi, habían mantenido una perpetua contienda con los hijos de la familia Mori, que residía en la margen contraria y consideraba la presa del río como un puente de su exclusiva propiedad. Los chicos libraban sus batallas con guijarros negros que extraían del lodo de la orilla durante la marea baja. Todos ellos se habían caído al río en alguna ocasión, y habían aprendido a enfrentarse a las aguas en sus diferentes estados de ánimo. Shigeru vaciló, reacio a lanzarse al agua, poco inclinado a mancharse la ropa o a insultar a su madre al hacerla esperar.

—¡Mi hermano pequeño sabe nadar!

—¡Pero es que no ha salido a la superficie!

Una oleada de miedo le dejó la boca seca.

—Vamos. —De un salto, se plantó en el torrente y Akira le siguió. Desde la veranda, Ichiro le llamaba, indignado.

—¡Señor Shigeru! No es momento de juegos, tu madre te aguarda.